

Espartaco

Howard Fast



Espartaco, obra emblemática en el género de la novela histórica y cumbre de uno de los intelectuales más prestigiosos de Estados Unidos, constituye un símbolo de la lucha contra la opresión y la injusticia, al tiempo que propone una atinada reflexión sobre las relaciones de poder y la legitimidad de la violencia.

Novela de tesis y de profundo calado ideológico (lo que le valió la censura, tanto en su país como en España), es sin embargo la perfecta reproducción de una época, la maestría en el retrato psicológico y el apasionante discurrir de la acción lo que la convirtió inmediatamente en un extraordinario éxito internacional, que cobró proporciones insólitas cuando se estrenó la película homónima de Stanley Kubrick, con guión de Donald Trumbo y un espectacular reparto (Kirk Douglas, Jean Simmons, Laurence Olivier, Charles Laughton, Peter Ustinov...).

Como *Yo, Claudio* o *Memorias de Adriano*, *Espartaco* pertenece a ese selecto grupo de novelas que por sí mismas explican un género y son capaces de trascenderlo.

Esta nueva edición incorpora además los dos prólogos que el autor escribió para la más famosa de sus obras.

Este libro está dedicado a mi hija, Rachel, y a mi hijo, Jonathan. Es una historia sobre hombres y mujeres valientes que vivieron hace mucho tiempo, pero cuyos nombres nunca han sido olvidados. Los héroes de esta historia albergaron el ideal humano de la libertad y la dignidad del hombre y vivieron noble y honradamente. Lo he escrito para que aquellos que lo lean —mis hijos y los hijos de otros— adquieran gracias a él fortaleza para afrontar nuestro turbulento futuro y puedan luchar contra la opresión y la injusticia, de modo que el sueño de Espartaco llegue a ser posible en nuestro tiempo.

La más famosa rebelión de esclavos

MIGUEL ÁNGEL VILLENA

«Volveré y seremos millones».

La lapidaria frase que susurró un crucificado tras la rebelión de los esclavos dejó perplejos a los patricios romanos que transitaban la vía recién abierta entre Roma y Capua en el año 71 antes de Cristo. Las clases dominantes del Imperio no entendían en absoluto aquella enigmática advertencia de un despreciable moribundo que agonizaba, clavado a la cruz, como tantos otros esclavos que habían osado desafiar el poder de Roma. No es otra la clave que intenta desentrañar el escritor norteamericano Howard Fast (1914-2003) en su novela *Espartaco*, una de las narraciones más lúcidas y reveladoras sobre aquellos tiempos, que alcanzó la fama universal a partir de la película que, en 1960, dirigió Stanley Kubrick e interpretaron Kirk Douglas y Jean Simmons al frente de un magnífico reparto. Desde entonces, el rostro de aquel gladiador real de origen tracio, que mantuvo en jaque a las legiones romanas durante varios años, está unido para siempre a la mirada tierna y cruel a un tiempo del pelirrojo actor estadounidense.

En un aleccionador paralelismo con el personaje histórico y protagonista de su novela, Howard Fast sufrió también persecución por su pertenencia al Partido Comunista norteamericano en una época en que la *caza de brujas* desatada tras la Segunda Guerra Mundial inundó de confidentes y

delatores los círculos intelectuales de Estados Unidos. Autor poco conocido en España, Howard Fast pasó tres meses en prisión por desacato y pudo ver cómo sus libros eran retirados de las bibliotecas públicas. A pesar de todo ello, *Espartaco* fue traducida a 56 lenguas y ya obtuvo un muy notable éxito antes de su adaptación a la pantalla cinematográfica, que estuvo a cargo de un colega político de Fast, el guionista Dalton Trumbo.

En contadísimas ocasiones una novela se convierte en un símbolo universal y trasciende los límites de la época en que se ambienta la trama o de los años en que fue escrita. Sin duda alguna, *Espartaco* se sitúa entre esas obras excepcionales que consiguen retratar con acierto problemas que afectarán al género humano por los siglos de los siglos. La lucha de las gentes por su libertad, por sus derechos individuales y colectivos, el anhelo humano de una vida digna, la resistencia frente a la opresión, el valor de la amistad o el carácter liberador del amor constituyen los temas de fondo sobre los que discurre esta novela imprescindible que fue escrita por un marxista en los Estados Unidos de 1951, pero que puede ser leída con pasión en cualquier tiempo o lugar. Porque ¿en qué mundo no ha habido esclavos disfrazados con distintos nombres o vestidos con variados ropajes? Ahora bien, para alcanzar la universalidad Fast utilizó un modo de narrar en el que se suceden los puntos de vista para acabar trazando un mosaico que huye del maniqueísmo o de las simplificaciones ideológicas para ponerse en la piel, la cabeza y el corazón de un senador romano como Graco, de un general de las legiones como Craso, de un traficante como Baciato, de un hijo y nieto de esclavos como Espartaco, de una bárbara germana como Varinia o de un gigantesco gladiador africano sin nombre.

Historia del pasado, pero contada de forma deliberada desde la perspectiva del presente, *Espartaco* pretende conmover al lector, pero también hacerle pensar; aspira a embaucarlo con un relato trepidante, que llega a su cumbre en

algunas escenas en el circo o en las batallas, aunque no descuida las reflexiones filosóficas sobre la civilización que han creado los romanos sustentada sobre la explotación de los que llamaban *instrumentum vocale* (herramientas con voz), unos seres que apenas se distinguían de los animales porque podían hablar. De esta combinación de ingredientes, de esa reconstrucción histórica detallista alternada con una rica indagación psicológica de los personajes surge la maestría de esta novela. El diálogo final entre el senador Graco, que se obsesiona honestamente por entender las razones últimas de la revuelta, y Varinia, la viuda de Espartaco, figura entre las mejores páginas que se han escrito sobre el deseo de libertad de las personas. «Quería un mundo en el que no hubiera esclavos ni amos», recuerda la esclava, «sino sólo personas que vivieran juntas, en paz y hermandad. Decía que tomaría de Roma lo que fuera bueno y hermoso. Construiríamos ciudades sin murallas, y todos los hombres vivirían en paz y hermandad, y no habría más guerras ni más miseria ni más sufrimientos». ¿Quién no suscribiría esta declaración de intenciones de la más célebre rebelión de esclavos de la historia?

Dos milenios después aquel grito de libertad sacude hasta tal punto las conciencias que los espectadores de todo el mundo se sobrecogen cuando, en la película de Kubrick, los oficiales romanos buscan al líder derrotado de los esclavos y una multitud de prisioneros se levanta orgullosa para proclamar: «Yo soy Espartaco».

El País, domingo 23 de octubre de 2005

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

No es tarea fácil para un autor que publica sus propias obras escribir lo que los editores llaman presentación; es decir, un llamamiento o reclamo para los lectores. Las frases altisonantes usadas en tales ocasiones surgen con mucha menos facilidad de la pluma de quien ha escrito el libro y sabe con qué esperanzas, dificultades y esfuerzos lo ha hecho.

Ésta es la historia de Espartaco, que encabezó la gran rebelión de los esclavos contra la República romana en los años finales de ésta. He escrito esta novela porque creo que es una historia importante en el momento que nos ha tocado vivir. No se trata de establecer mecánicamente un paralelismo, sino de que de este episodio se puedan extraer esperanzas y fuerza, y resaltar el hecho de que Espartaco no vivió sólo para su tiempo, sino que su figura constituye un ejemplo para la humanidad de todas las épocas. He escrito este libro para infundir esperanzas y valor a quienes lo lean, y durante el proceso de su escritura yo mismo me sentí con más ilusiones y más coraje.

Se precisa mucho tiempo para escribir una novela. Mediante la escritura de una obra narrativa pueden resolverse muchos problemas y conocer y comprender los anhelos y las esperanzas que sustentan las luchas de estos pueblos. Algo de eso obtuve al escribir esta novela y convivir durante tanto tiempo con los hombres y mujeres que aparecen en sus páginas. Confío en que parte de esa satisfacción se transmita también a quien la lea.

Si algún valor tiene mi propia opinión sobre este libro, debo confesar que se trata de la novela que más me gusta de cuantas he escrito hasta la fecha. Fue la que más me costó escribir y la redacté en los momentos más difíciles de mi vida, pero cuando le puse el punto final sentí la satisfacción de haber cumplido cabalmente una tarea.

1951

ESPARTACO Y LA LISTA NEGRA

Cuando me senté a iniciar la larga y dura tarea de escribir la primera versión de *Espartaco* —hace de eso ya cuarenta años— acababa de salir de prisión. Había estado trabajando mentalmente en algunos aspectos de la novela mientras me hallaba en la cárcel, que fue un escenario idóneo para tal labor. Mi delito había sido negarme a entregar al Comité de Actividades Antiamericanas una lista de los miembros de la organización denominada Joint Antifascist Refugee Committee (Comité de Ayuda a los Refugiados Antifascistas).

Con la victoria de Francisco Franco sobre la República Española legalmente constituida, miles de soldados republicanos, defensores de la República y sus familias habían cruzado los Pirineos para dirigirse a Francia, y buena parte de ellos se habían establecido en Toulouse, muchos de ellos enfermos o heridos. Su situación era desesperada. Un grupo de antifascistas recaudó dinero para comprar un antiguo convento y convertirlo en un hospital, y los cuáqueros aceptaron trabajar en ese hospital si nosotros conseguíamos el dinero para mantenerlo en funcionamiento. En esa época había un impresionante apoyo a la causa de la España republicana entre la gente de buena voluntad, y entre la que se contaban muchos ciudadanos conocidos. Fue la lista de estas personas la que nosotros nos negamos a entregar al Comité, y en consecuencia todos los miembros de nuestro grupo fueron considerados culpables de desacato y enviados a prisión.

Fueron malos tiempos, los peores tiempos que yo y mi querida esposa hemos vivido jamás. Nuestro país se pare-

cía más que nunca en su historia a un estado policial. J. Edgar Hoover, el director del FBI, desempeñó el papel de un mezquino dictador. El miedo a Hoover y su archivo de miles de liberales impregnó el país. Nadie se atrevió a pronunciarse o a levantar su voz contra nuestro encarcelamiento. Como he dicho en alguna ocasión, no era el peor momento para escribir un libro como *Espartaco*.

Cuando concluí el manuscrito se lo envié a Angus Cameron, por entonces mi *editor en* Little, Brown and Company^[*]. Le entusiasmó la novela y escribió que para él sería un placer y un orgullo editarla, pero J. Edgar Hoover envió una carta a Little, Brown and Company advirtiéndoles de que no deberían publicar el libro, y después de eso el original pasó por las manos de otros siete conocidos editores. Todos ellos se negaron a publicarla. El último de estos siete fue Doubleday, y tras una reunión del comité editorial, George Hecht, jefe de la cadena de librerías de Doubleday, salió de la sala enfadado y disgustado, me llamó por teléfono y me dijo que nunca hasta entonces había asistido a un acto de cobardía tal en Doubleday, y me aseguró que si publicaba el libro por mi cuenta me haría un pedido de seiscientos ejemplares. Yo nunca había publicado una obra por mi cuenta, pero encontré apoyo en los medios liberales y llevé adelante el proyecto con el escaso dinero que nos proporcionaban nuestros empleos regulares; y de algún modo el libro al fin vio la luz.

Para mi sorpresa, se vendieron más de cuarenta mil ejemplares de la obra en tapa dura, y varios millones más unos años más tarde cuando el clima de terror se hubo disipado. Fue traducida a 56 lenguas y, finalmente, diez años después de haber sido escrita, Kirk Douglas convenció a los estudios Universal para que rodara una adaptación cinematográfica. Pasados los años, esa película se ha hecho extraordinariamente famosa, y aún puede verse en el momento en que escribo estas líneas.

Supongo que algo le debo a ese período que pasé entre rejas. La guerra y la prisión son temas difíciles de tratar para un escritor que no ha tenido experiencia directa de ellas. Yo no sabía latín, así es que adquirir unos buenos conocimientos de esa lengua, que prácticamente ya he olvidado por completo, fue también parte del proceso de escritura. Nunca he renegado de mi pasado, y si mi propia experiencia carcelaria en algo me ayudó a escribir *Espartaco*, creo que fue lo mejor que obtuve de ella.

1996

Esta historia comienza el año 71 a. C.

PRIMERA PARTE

*De cómo viajó Cayo Craso por el camino
de Roma a Capua en el mes de mayo*

I

Hay constancia de que ya a mediados del mes de marzo había sido abierta nuevamente al tránsito la ruta que iba de la Ciudad Eterna, Roma, a la de Capua, que aunque algo más pequeña no era por ello menos hermosa, pero esto no quiere decir que el tráfico por aquel camino hubiera vuelto inmediatamente a la normalidad. Porque, en realidad, durante los últimos cuatro años, ningún camino de la República había gozado de la pacífica y próspera corriente comercial y de personas que era de esperarse de un camino romano. En mayor o menor medida, en todas partes había habido disturbios y no sería inexacto afirmar que el camino entre Roma y Capua era símbolo de tales disturbios. Se decía —y con razón— que tal como andaban los caminos así andaba Roma; si en los caminos había paz y prosperidad también las había en la ciudad.

Por doquier en Roma habían sido fijados anuncios con el aviso de que cualquier ciudadano que tuviera negocios en Capua podía viajar allí para tramitarlos, pero por el momento no se aconsejaban los viajes de placer a aquel lugar. No obstante, con el transcurso del tiempo y habiéndose adueñado de las tierras de Italia la apacible y dulce primavera, las restricciones fueron dejadas sin efecto y una vez más la hermosa arquitectura y los espléndidos paisajes de Capua atraeron a los romanos.

Además del natural atractivo de la campiña de Campania, aquellos que gustaban de los buenos perfumes, a pesar de sus precios, exageradamente elevados, encontraban en Capua el placer junto al beneficio. Allí estaban situadas

las fábricas de perfumes de mayor envergadura, sin igual en el mundo entero; y a Capua se fletaban esencias raras y aceites de toda la tierra, perfumes exóticos y exquisitos, aceites de rosas de Egipto, el perfume de lilas de Saba, las amapolas de Galilea, el aceite de ámbar gris y de corteza de limón y de naranja, las hojas de salvia y de menta, palo de rosa y sándalo, y así casi hasta el infinito. Los perfumes podían ser adquiridos en Capua poco menos que a la mitad de lo que se pedía por ellos en Roma, y cuando se considera la creciente popularidad de los perfumes en aquel tiempo, tanto para los hombres como para las mujeres — así como la falta que hacían—, es posible comprender que bien podía emprenderse un viaje a Capua por esa sola y única razón.